

parse, y había sido sustituida primero por un boto de regulares dimensiones, que también se puso pez con pez, y luego por una panzuda barrila de Guardo... Porque, eso sí, los frisuelos son muy sabrosos, pero empapizan y hay que remojarlos á menudo.

Y es verdad asimismo que, sobre lo comederero del manjar y lo frecuente de las aperitivas y tónicas succiones, ayudaba también á comer con gana el buen humor que reinaba y aun gobernaba en la compañía, sostenido y avivado incesantemente con chistes, gracias, cuentos, chascarrillos, recuerdos de sucesos graciosos alusivos á la función ó acaecidos en otra semejante, y con bromas, hazañas y diabluras como la de empujarle un poco la barrila al que estaba bebiendo para hacerle añusgarse y derramar el vino por la pechuga.

Formaba parte del corro un mozo forastero que tenía los pantalones rotos por una rodillera, y conforme estaba sentado de media cancheta enseñando la carne, fué Jacintona, cogió un frisuelo redondo del tamaño del agujero, y se lo plantó en la rodilla diciéndole:

—¡Toma, chacho! Si allá en tu pueblo no había remiendos, ahí tienes uno bien majo.

El pobre mozo se puso encarnado á lo

primero; pero acabó por reirse como todos de la ocurrencia de Jacinta.

Se habló luego de que en Valpobre, donde por no cogerse lino apenas, no tenían alforjas blancas de hilo para llevar comidas al campo, llevaban los frisuelos al gamonal en fardelas de lana jirga...

—¡Cuántos pelos comerán!—dijo uno.

—¡Hombre! Muchísimos—le contestó Pepa la Masera;—pero ellos allá los pasan tan ricamente... Yo una vez que estuve allí á gamones, dí en quitar pelos, quitar pelos... y junté lana casi para unas medias...

Una carcajada general acogió la relación de Pepa.

—¡Qué exagerada eres!—la dijo el primero que acabó de reir...

—Lo mismo que os lo digo—añadió Pepa muy formal,—y así se lo dije también al ama para quien arrancaba.

—Anda, come, moza—me decía ella;—que no haces más que escoger, escoger, y no comes... No tengas miedo, no, que no te esgañas...

—Deje, deje—la contesté,—que no pierdo el tiempo... Antes voy á sacar dos jornales: uno, el que usted me dé en dinero, y otro en lana; que ya tengo aquí una rocada buena...

—¡Arbolaria! ¿A que no se lo dijiste?

—¡Vaya si se lo dije!... Preguntádselo

á Petra la del tío Juanón, que estaba allí conmigo...

Después de los frisuelos, la leche como postre. Un gran ballico de leche recién ordeñada que se consumió la mitad migado en los barreños de las sopas después de enjuagados en el reguero, y la otra mitad bebido por una mortera de madera que iba dando vuelta al corro y se iba rellenando conforme se vaciaba.

Suscitóse luego la cuestión de si tras de la leche se podía ó no se podía volver á beber vino; y aunque las mujeres votaron todas por la negativa, prevaleció el dictamen de los mozos, que la resolvieron afirmativamente, fundándose en un refrán que sabían ellos y que decía: «Después de la leche... eche».

Echaron, efectivamente, otro trago en consonancia con el refrán, y... cada pájaro á su espiga; es decir, que todos, cada cual por su lado, volvieron á engaramar por el monte para continuar la tarea.

Hasta Antonino se metió por entre las primeras hayas diciendo que también él iba á tratar de rozar algún gamón donde no estuviera muy pindio, porque ya no se encontraba suelto y ágil como en otro tiempo para andar por las cuestas... Pero lo que hizo fué volverse pronto á la que-
rencia de las provisiones, donde el primer

bajador que vino á posar una carga le sorprendió haciendo fiestas á una barrila.

A eso de las diez, los bajadores, aguardando unos por otros, se reunieron junto al ható para echar un trinquis; pero los rozadores no suspendieron su labor ni bajaron del monte hasta la hora de la comida, y el que tuvo sed la apagó por allá en la primera fuente que encontró al paso.

Cuando fué mediodía bien corrido, uno de los conocedores de la hora dió la voz de ¡á comer!, y todo el mundo fué bajando del monte, tornando á formarse el corro en la campera como por la mañana.

La comida fué aún más animada y más divertida que el almuerzo. Quiénes se tiraban á las fiambres que habían venido por la mañana, y embaulaban tajadas de chorizo y de jamón que era un gusto: quiénes preferían el clásico puchero que acababa de llegar vaporeando, y que allí en el monte sabía á gloria; pero todos humedecían los bocados con el chispeante líquido encerrado en la cestella ó en el boto, que andaban en rueda sin parar más de lo rigurosamente preciso, y todos contribuían á alegrar con bromas el corro.

Acabada la comida, empezó á sonar alegre y bulliciosa la pandereta, que no se habían olvidado de incluir entre los utensilios de la jornada, y se armó el baile.

Huelga decir que las muchachas, al bajar á comer, antes de salir de entre el arbolado y presentarse en la campera, se habían ya puesto otra vez las sayas de india y los pañuelos de color de rosa, no sin haberse antes lavado la cara y atusado los rizos en alguna fuente, que pródiga y amable las había hecho el doble oficio de gofaina y de espejo. Así es que todas se presentaban en el baile como de día de fiesta.

Tampoco de la animación y alegría del baile hay que hablar, mereciendo solamente especial mención la frecuencia con que Luciano, el hijo de Antonino, y Cesárea la hija del tío Pequeño, bailaban juntos.

Hacía tiempo que se decía si eran ó no eran novios, si le habían ó no le habían visto á él una noche, engaramado en una escalera de mano, hablando con ella por la ventana; y unos lo creían y otros no; pero aquel día los rumores se confirmaron, y se hizo general la creencia.

—Eso va viento en popa, Antonino—le decía al padre del mozo su convecino Patastueras, que estaba como él chupando la pipa y mirando el baile.

—Yo no lo sé, hombre: allá ellos... pero sí parece que se tienen una miaja de ley, —contestaba Antonino con satisfacción mal disimulada.

Porque el tío Pequeño tenía un caudalico regular, y como no tenía más que aquella hija, era generalmente considerada como una buena conveniencia; de modo que si Luciano lograba casarse con ella, hacía una gran boda.

Y se hubiera casado, pues aquel día se formalizaron ya mucho las relaciones, á ser por un suceso que vino á romperlas...

Por la tarde, después de merendar, se puso la gente en movimiento para emprender la marcha hacia el poblado.

Los mozos y las mozas daban prisa por llegar pronto al baile general que se hacía en las eras, cerca de la entrada, al cual concurrían todas las cuadrillas de gamoneros que habían estado apartadas durante el día en distintos valles.

Antonino, que estaba ya bastante *cargado*, andaba perezoso para arrancar del campamento, con la disculpa de querer acomodar bien los chismes en las alforjas; pero en realidad porque quería quedarse solo para escurrir un boto que tenía vino todavía.

—Vamos, Antonino; vamos, Antonino, —le decían todos al marchar.

—Allá voy... allá voy—contestaba él: —allá voy ahora mismo...

Pero se iba quedando, y les iba dejando marchar, hasta que efectivamente se quedó

solo y pudo hacer la suya, con lo cual se acabó de poner peripitusco.

Trató, al fin, de montar en el burro, y no podía. Le arrimó á un ribon, se subió á la parte de arriba, y desde allí, donde estaba ya casi más alto que el jumento, se tiró á montar con tal ímpetu, que le sobró fuerza y dió la vuelta para el otro lado, cayendo en la campera varas á varas.

Se encontró á gusto, no hizo por levantarse, y quedóse dormido como un tronco...

Los demás gamoneros, en tanto, llegaron á las eras, bailaron en el baile grande las mozas y los mozos hasta que se cansaron, y por fin se fueron á sus casas.

Pero Antonino no aportó por la suya.

La familia á lo primero no se alarmó, figurándose que habría venido del Valle con algún vecino y habría entrado en su casa á refrendar, según costumbre.

Pero luego, cuando pasó la noche y llegó la mañana sin que el hombre hubiera acudido, empezaron la mujer y los hijos á inquietarse y á bullir tratando de averiguar su paradero...

¿Qué le había pasado?

El sereno de la noche le fué refrescando y espantando algo la cogorza, y el frío del amanecer, penetrándole hasta los huesos, le hizo despertar, diciendo tan campante:

—¡Calla! Me he dormido un poco, y ya

casi es de noche... está oscureciendo... Voy allá... Voy allá...

Y aunque bien azorrado todavía y andándosele el mundo al redor, pudo al cabo montar en el burro, que cerca de él pacía tranquilamente, y echó al camino abajo.

Al salir del Bijueco al valle principal el burro, que sabía perfectamente el camino, quiso volver sobre la derecha y seguir el que conducía á la villa. Pero Antonino, que estaba completamente desorientado, creyó que aquello era marchar al revés, y le dió al jumento un palo en la cabeza hacia el arranque de la oreja de aquel lado, diciéndole:

—Torna, burro... ¿dónde quieres ir?...

El burro insistió varias veces en querer volver á la derecha para ir al valle abajo; pero como el dueño insistió en pegarle en la oreja de aquel lado para que volviera hacia el otro, al quinto ó sexto palo el animal se dejó convencer y echó á andar en dirección opuesta á la de su casa, haciéndose sin duda estas reflexiones:

—¡Bueno! Se conoce que mi amo no quiere ir para casa... Tendrá que hacer en otra parte... Apuradamente, á mí nada me importa...

Y siguió andando.

Antonino, mientras tanto, reflexionaba de este otro modo:

—¡Qué silencio!... Todo el mundo ha marchado ya... Y el caso es que no se oye tampoco el ruido del baile allá hacia las eras... Puede ser que este año no hayan hecho baile... Como ese alcalde es tan bruto...

Aquí daba una cabezada y se quedaba medio dormido, meditando en lo bruto que era el alcalde.

Después de andar otro rato, decía:

—Lo raro es que parece que no acaba de oscurecer... está lo mismo que cuando salí del monte... y casi, casi, parece como que se ha puesto un poco más claro... Sí, sí... indudablemente se va poniendo más claro que antes... ¡Qué cosa más rara!... Como no sea que esté amaneciendo... Pero, no... no puede ser. ¿Dónde había yo de haber pasado la noche?...

Aquí otra cabezada y otro sueñecico, bamboleándose sobre el jumento.

Cuando ya había amanecido del todo y rayaba el sol en los altos, Antonino se encontró á la entrada de un pueblo...

—¡Calla! ¿Cuándo he pasado yo el puente?... —se dijo.—No he dado cuenta... Pero sí, ya estoy en el pueblo, no hay duda... Aquí están las casas...

Y empezó á fregarse los ojos porque no distinguía la suya...

Andaban por allí unos rapaces enredan-

do, y se le ocurrió llamar á uno diciéndole:

—¡Chico!... Ven acá... haz el favor de enseñarme á mi casa... que parece que no veo bien...

Y seguía fregándose los ojos con el revés de la mano.

El rapaz, al ver á un hombre forastero que preguntaba por su casa, se echó á reir y se volvió hacia los otros, diciendo:

—¡Chachos! ¡Este tío que anda preguntando por su casa, y no es de acá!...

Acudieron los otros rapaces, se arremolinaron á él chanceándose maliciosamente al conocer que estaba chispo; y al oir los aspavientos que hacían, fué acudiendo luego mucha más gente á ver el milagro, ó lo que resultara.

Uno de los que salieron al oir la algazara fué el tabernero, que, conociendo á Antonino, se acercó á saludarle.

—¡Hola, ciudadano! ¿Cómo por aquí?—le dijo el tabernero.

—Pues verás, hombre... verás... —le respondió Antonino, perezosamente al ir dándose cuenta de que no estaba en su pueblo, sino en Aldeaoscura.—Verás lo que me trae á visitaros... Que hemos estado de recolección de gamones, y vine á traer el almuerzo á la gente montado en el burro... y el animal... se me extravió de modo que

no he podido encontrarle... Y vine á ver si acaso le habíais visto por acá...

—¡Ah! ¿pero ese en que vienes montado no es el tuyo?... — le replicó el tabernero.

—¡Ah! ¿pero vengo montado... pero vengo montado en un burro?... ¡Calla! es verdad... Pues entonces... no se me ha extraviado... es que lo soñé, se conoce...

—Sí, eso sería,—le dijo el tabernero haciendo esfuerzos por no reirse.

—Eso fué, sí... y entonces me voy para esa... si acierto.

—¿Quieres echar un vaso?...

—Sí, hombre... siempre... ¿Cuándo Sevilla no quiso trago, que diga, trigo?...

—Bueno, pues ven; que falta no me parece que traes, pero también dicen que un clavo saca otro clavo, y acaso echando un sorbo te despejes...

—Tenlo por seguro... En cuanto beba otro trago me quedo como un reló... Lo sé por experiencia.

Después de descansar un rato y refrendar el pasaporte en la taberna de Aldeaoscura, volvió á montar en el burro, ayudado por el tabernero, que salió del lugar á ponerle en camino y le dijo al despedirse:

—Tú deja al burro, que el burro te llevará á casa.

Porque ya veía el tabernero que lo que es él no estaba para conocer el camino.

Hacia casa iba, en efecto, Antonino conducido fielmente por el burro, cuando, á la mitad del Valle, se encontró con su hijo que le andaba buscando.

—¿Qué le sucedió á usted?—le preguntó el mozo.

—Nada, hombre, nada de malo,—contestó él.

—¿Pero cómo no acudió anoche?—insistió el hijo.

—Si te he de decir la verdad—le contestó,—casi no lo sé... Primero creo que me dormí... Después, el burro se empeñó en que habíamos de ir á Aldeaoscura, yo en que no, y se salió él con la suya... Después creí yo que se me había perdido el burro... Después el burro... no se me había perdido... y luego... el demónico que lo entienda...

—¡Y yo buscándole á usted toda la mañana!—añadió con profunda tristeza el muchacho.

—Pues... ahí verás... lo que son las cosas... y lo bruto que es el alcalde...

Cerca de mediodía entraban en Villanoble Antonino y Luciano, el padre montado en el burro, y el hijo de paje, bajo las miradas burlonas de la gente.

La familia trató luego de explicar bue-

namente el suceso, despojándole de toda malicia y debilidad, con la relación de que el presunto extraviado no había venido para casa desde el gamonal porque se había acordado que tenía que hacer un negocio en Aldeaoscura, y había querido ir desde allí, aprovechando la ventaja de encontrarse ya á medio camino. Pero de nada sirvió esta explicación, porque desde luego no la creyó nadie, y porque además, al día siguiente, por personas venidas de Aldeaoscura, se supo la historia con pelos y señales, quedando perfectamente aclarado que todo ello había sido efecto de una descomunal borrachera... Con lo que el pobre Antonino fué por mucho tiempo blanco de las burlas del vecindario.

Y no fueron estas burlas lo peor ni lo más triste, sino que Cesárea, la hija del tío Pequeño, que el día del gamonal precisamente había dado el sí á Luciano, autorizándole para que la pidiera á sus padres, le dijo al día siguiente que nones.

Insistió el muchacho, pero fué inútil; como lo fué también el que la madre de la novia intercediera por él, diciendo á su hija:

—Mujer, el mozo no parece malo, y de las cosas de su padre no tiene culpa... Ya, si es que le diste palabra...

—¡Ay! No señora, no—la respondía la

muchacha: — no quiero yo que mañana el padre de mi marido sea la irrisión de la gente... Cuan más, que puede ser que el hijo salga todavía otro tal y tan bueno, porque siempre diz que se suelen parecer los cascós á la olla.

Y no hubo quien la sacara de su negativa.